

después del golpe de estado

EL NUEVO SUDAN

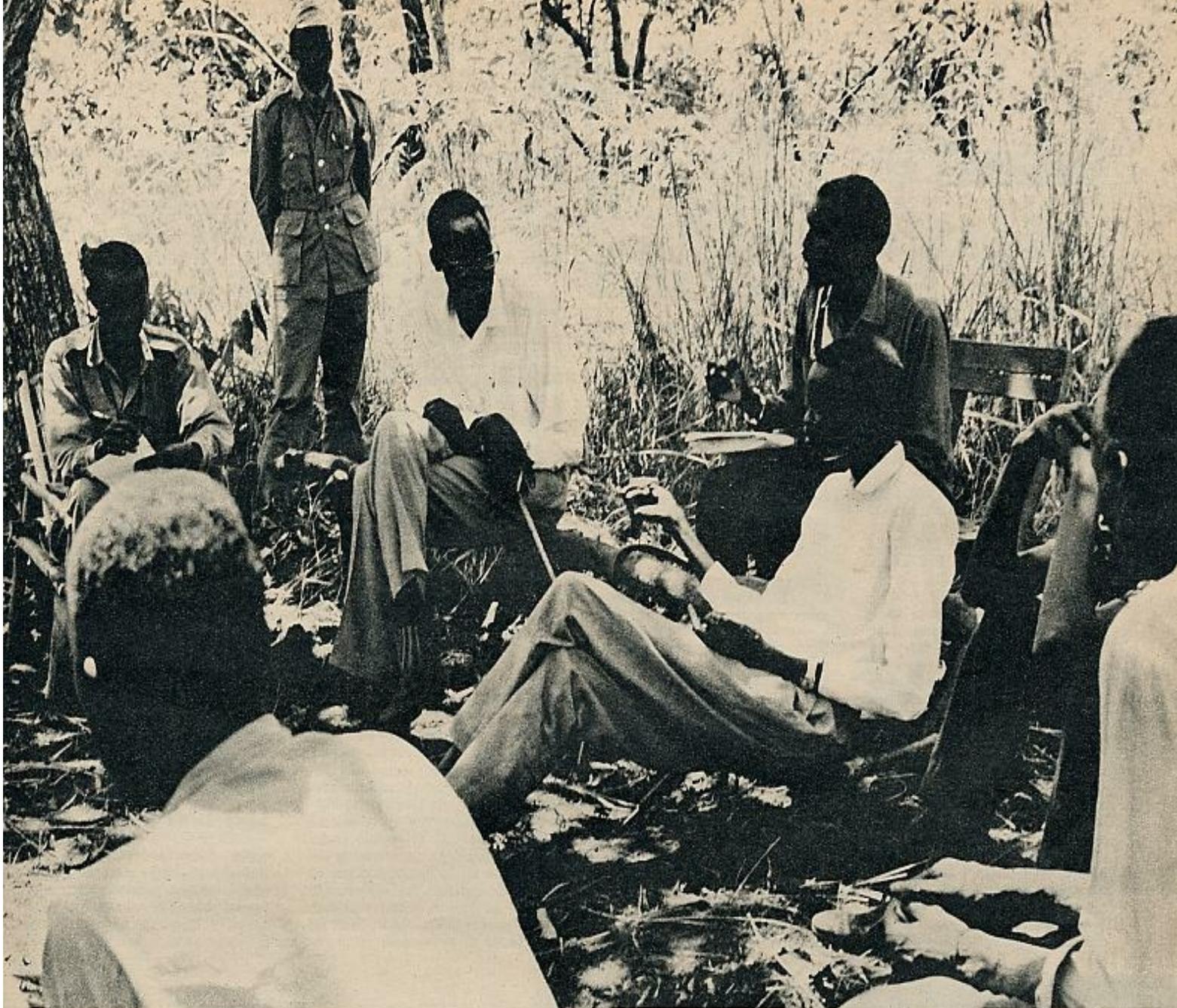
la secesión del sur, problema clave



Militares hostiles a la dictadura militar han tomado el poder en Jartum. Un gobierno compuesto de comunistas, socialistas y liberales se ha comprometido a construir un Sudán árabe-africano moderno y socialista. Pero la crisis económica hace estragos, y el conflicto con los sudaneses del Sur se eterniza, y los Hermanos Musulmanes se agitan... ¿Lograrán terminar con todas estas dificultades los nuevos dirigentes?

El golpe de estado militar que acabó el 25 de mayo pasado con el gobierno de Ismail El Azhary ha colocado a la cabeza del Sudán el gobierno más auténticamente de izquierdas que ese país haya conocido nunca. El nuevo equipo está presidido por un jurista demócrata de formación británica, Abu Bakar Awadallah. Es el único de los nuevos dirigentes suficientemente conocido en el extranjero. Presidió el primer parlamento sudanés después de la independencia, en 1956, y ha jugado un papel determinante en el derrocamiento del régimen militar del general Ibrahim Abbud, en 1964. Se le había propuesto dirigir el gobierno entonces, pero rehusó, prefiriendo dedicarse a su carrera. Nominado presidente del Tribunal Supremo, no tardó en manifestar su oposición al gobierno, en particular cuando éste prohibió el partido comunista, medida que fue condenada por el magistrado como anticonstitucional.

Pero el verdadero hombre fuerte del régimen sudanés es un militar, el coronel Gaafar El Nemeiry, convertido en general al día siguiente del golpe de estado. Es presidente del Consejo de la Revolución, mi-



nistro de Defensa y comandante en jefe de las fuerzas armadas. De origen muy modesto —su padre era recadero y su abuelo «muezin» en la mezquita—, Gaafar El Nemeiry terminó sus estudios en la Academia Militar de Jartum en 1952, el mismo año en que un golpe de estado organizado por el coronel Nasser derrocaba en El Cairó al rey Faruk —entonces rey de Egipto y del Sudán—.

La carrera militar de este «mal sujeto» ha sido extremadamente agitada. Sus opiniones avanzadas y su espíritu crítico le han reportado las peores dificultades en el ejército y han comprometido gravemente su ascenso, que podría haber sido fulgurante, pues estaba, a juicio de sus propios superiores, excepcionalmente dotado. Transferido a título disciplinario de una guarnición a otra, fue arrestado en dos ocasiones, en 1957 y en 1967, y suspendido durante un período de dieciséis meses a raíz de su primer arresto.

El general El Nemeiry, antiguo jugador de fútbol de Omdurman, es un hombre de unos cuarenta años, de proporciones atléticas, con las dos cicatrices verticales propias de su

tribu sobre las sienes. Se considera a sí mismo un «socialista moderado que cree en el nacionalismo árabe» y ejerce un gran ascendiente sobre sus colaboradores. Sus tres pasiones, al margen de la política: la literatura árabe, la historia y el fútbol.

HOMBRES COMPETENTES

En el gobierno no hay más que dos militares sobre un total de veintún miembros. Nueve de ellos pertenecen al partido socialista sudanés, que había sido creado algunos meses después de la prohibición del partido comunista. El fundador del partido socialista, Amine El Taër Chibly, es ministro de Justicia. Tres ministros son conocidos como comunistas. Otros dos son antiguos miembros —de la oposición— del partido unionista del antiguo presidente El Azhary. Otros dos son cristianos originarios del Sur. El presidente Awadallah ha señalado que los miembros del gobierno no habían sido escogidos en función de su filiación a tal o cual partido o religión, sino teniendo en cuenta su competencia, experiencia e integridad.

Diez de ellos ostentan altos diplomas universitarios —tres o cuatro son licenciados de universidades americanas—. Entre ellos se cuentan abogados, un cirujano, un psiquiatra, un ingeniero, un profesor de sociología. Algunos son conocidos como auténticos expertos, entre los mejores técnicos en agronomía y trabajos públicos del país. La edad media de los ministros es de cuarenta a cuarenta y cinco años.

He aquí cómo relata el ministro del Interior —único militar del gobierno, junto al general El Nemeiry— el desarrollo del golpe de estado.

UN PLAN COHERENTE

«Todos los oficiales que han participado en el movimiento del 24 de mayo eran miembros de una organización clandestina que funcionaba desde hacía diez años. Todos habían apoyado al golpe de estado civil de 1964. Pero sólo hacía dos meses que estábamos dispuestos, por el agravamiento de la crisis ministerial, a establecer un plan coherente para la toma del po-

der. La primera etapa del plan fue llevada por los catorce oficiales que constituyen el nudo de esta organización, a la cabeza de dos unidades de paracaidistas, una unidad de artilleros y una unidad de blindados, es decir, un total de 424 soldados».

Estas unidades habían sido instaladas dos días antes en los alrededores inmediatos de Jartum. Una vez llegado el momento, una parte de los efectivos se puso en movimiento hacia Jartum, para sitiar las mansiones del presidente El Azhary, del jefe de gobierno Sadek Mahdi y de los ministros. Al mismo tiempo, otras unidades ocupaban todas las comunicaciones interiores y exteriores, cerraban el aeropuerto y detenían a los oficiales superiores del ejército.

Toda la operación, que finalizó en la noche del 24 al 25 de mayo, se desarrolló sin efusión de sangre y tan discretamente que la población no se dio cuenta de nada. Abu Bakar Awadallah fue el único civil advertido dos meses antes del golpe de estado. Los ministros no se enteraron de su nominación hasta que la proclamó la radio de Omdurman.

OBJETIVOS «CIVILES»

Esta es la segunda intervención de los militares en la vida política del Sudán desde que se proclamó su independencia en enero de 1956. En 1958, agrupados alrededor del general Abbud, habían tomado el poder «para poner fin a la impotencia del régimen de los partidos». El sistema parlamentario instituido la víspera de la independencia por la constitución de 1955, estaba dificultado por las oposiciones religiosas y las rivalidades personales entre los líderes de las grandes formaciones políticas tradicionales: el partido unionista, dirigido por Ismail El Azhary, favorable a una colaboración con Egipto, y el partido Al Oumma, partido conservador de inspiración musulmana, dirigido por El Mahdi. La dictadura del general Abbud fue barrida en octubre de 1964, por un movimiento —civil— de tendencia liberal que restableció la constitución de 1955. Los dos partidos —unionista y Oumma— formaron entonces una coalición gubernamental que empezó a preparar una nueva constitución. Los conservadores, desamparados momentáneamente por la fuerza del movimiento popular que había derribado a Abbud, no tardaron en recuperarse y recobraron progresivamente la totalidad del poder, rechazando cada vez más duramente a los elementos de izquierda. Estudiantes, intelectuales y obreros, militantes comunistas y sindicalistas, agrupados en un Frente Nacional, fueron expulsados de la coalición gubernamental. Los once diputados comunistas de la Asamblea fue-

ron invalidados y el partido comunista disuelto. La nueva constitución no se votó nunca y el parlamento fue disuelto en febrero de 1968 por el presidente El Azhary.

Paradójicamente, el golpe de estado militar de mayo de 1969 vuelve a tomar y trata de llevar a término la empresa civil de octubre de 1964.

Este hecho puede ayudarnos a comprender la insistencia que ponen los nuevos dirigentes en delimitar estrictamente las atribuciones de los militares. El presidente Awadallah como el general El Nemeiry han precisado en varias ocasiones que la misión de los militares consistía únicamente en «mantener el orden y reforzar el ejército», debiendo consagrarse los hombres políticos al «establecimiento de una verdadera democracia».

LAS PRIMERAS MEDIDAS

«Hemos sido tratados de "tiranos izquierdistas proárabes"», declaró el presidente Awadallah a una treintena de embajadores extranjeros que reunió al día siguiente del golpe de estado. «Esta etiqueta debe ser explicada. Para empezar, no somos tiranos. ¿Cómo podríamos serlo cuando el nuevo equipo de oficiales y civiles es el mismo que puso fin a un régimen tiránico por la revolución popular de octubre de 1964? Me interesa señalar que no hemos añadido gratuitamente la palabra "democrática" al nombre de nuestra República, pues nos hemos convertido en la actualidad en la República Democrática del Sudán. Nuestro socialismo es es-

pécificamente sudanés. Hemos estudiado esta cuestión durante años y es sobre la base de nuestras tradiciones propias sobre la que vamos a edificar el nuevo Sudán».

Una de las primeras medidas adoptadas por los nuevos dirigentes del Sudán ha consistido en reducir en un veinte por ciento la remuneración de los miembros del gobierno, empezando por el presidente, y en suprimir todas las ventajas especiales de las que se beneficiaban: coches oficiales, alojamientos, etcétera.

Las empresas de interés público será nacionalizadas.

UN GRAN HERMANO

El jefe del gobierno ha declarado que la piedra angular de la política exterior sudanesa sería desde entonces Palestina y que las relaciones del Sudán con los otros países estarían determinadas por la actitud de estos países respecto a la cuestión palestina. Así, las relaciones con los Estados Unidos, rotas en junio de 1967, a raíz de la guerra de los seis días, y las relaciones con la Alemania Federal, rotas en 1965, a continuación del reconocimiento de Israel por el gobierno de Bonn, no serán restablecidas en tanto que estos dos países no hayan modificado su actitud respecto a la causa palestina.

Es en esta óptica en la que se debe interpretar el reconocimiento por Jartum de la Alemania del Este, que se ha distinguido por su «política amistosa hacia el mundo árabe, en general, y de los palestinos, en particular». Así pues, el Sudán es el tercer país no comu-

nista —después de Camboya y el Irak— que ha reconocido a la Alemania del Este. Una delegación oficial, presidida por el ministro adjunto del gobierno de Pankow, Werner Titel, ha llegado a Jartum bajo la invitación del gobierno sudanés para estudiar con los dirigentes sudaneses los medios de desarrollar la cooperación política, económica, cultural y científica.

Una delegación que comprendía un miembro del Consejo de la Revolución y tres ministros partió para El Cairo con objeto de exponer la situación a los dirigentes egipcios. «El nuevo régimen —declaró el presidente Awadallah— considera a la RAU como un "gran hermano" con el que conviene establecer las relaciones más estrechas».

Las reiteradas declaraciones de los dirigentes indican su voluntad de participar activamente en la vida política del mundo árabe, situándose resueltamente en el campo de los regímenes progresistas, al lado de la RAU, de Argelia, de Siria y del Irak. Han proclamado su apoyo a la Liga Árabe, «medio eficaz que permitirá desembocar en la unión de todos los países árabes», y tratan de actuar para «apresurar la creación de una federación del golfo Árábigo». En revancha, han declarado que se opondrían a los estados árabes que tengan una actitud negativa que conclerna a la acción de los comandos palestinos. En El Cairo, algunos observadores creen poder afirmar que Jartum trataría de sostener activamente las organizaciones de resistencia palestina, suministrándolas armas y bases de entrenamiento. El primer país en reconocer al nue-

Las provincias meridionales del Sudán tienen seiscientos cincuenta mil kilómetros cuadrados (cien mil más que España) y están pobladas por cuatro millones de personas, la inmensa mayoría de raza negra. El nuevo régimen espera poner fin a una guerra civil larvada que dura desde hace seis años.



Los guerrilleros del Sur son los "Anya-Nya". Las fuerzas gubernamentales enfrentadas a ellos tenían unos efectivos de treinta mil hombres. El armamento de los rebeldes es escaso y anticuado. Algunos guerrilleros están armados de fusiles ametralladores.



vo gobierno ha sido el Yemen del Sur.

LA GUERRA CIVIL

Mientras que sus primeras declaraciones se referían, sobre todo, a sus vecinos del Norte, los nuevos dirigentes sudaneses no intentaban, sin embargo, desinteresarse de África. Han afirmado que la opción árabe de su política no ponía en cuestión, en absoluto, su carácter africano. «Nuestro arabismo —declaró el presidente Awadallah— no se opone a nuestro africanismo. Los dos se complementan mutuamente». Ha asegurado en diversas ocasiones que su gobierno sostendría todos los movimientos de liberación africanos en lucha contra el colonialismo.

Un intelectual sudanés, partidario del nuevo régimen, me ha asegurado que el Sudán, que es como la bisagra entre el mundo árabe y el mundo africano, había fracasado hasta ahora en su misión, dejando escapar la oportunidad que le ofrecen su situación geográfica y el carácter afro-árabe de su población. En lugar de asumir plenamente su papel en los dos mundos, se había replegado sobre él mismo, quedando prácticamente al margen de los dos. El nuevo régimen parece querer poner fin a esta políti-

ca estéril y jugar plenamente el papel que le corresponde.

Pero si realmente quiere aproximarse a otros países africanos, el Sudán debe resolver necesariamente el problema que le plantea la rebelión de las provincias del Sur. Desde la independencia, la guerra civil —larvada o abierta— entre la población del Sur, esencialmente animista o cristiana, y el gobierno del Norte —habitado principalmente por musulmanes arabófobos— no ha cesado prácticamente.

PACIFICAR EL SUR

El general Gaafar El Nemeiry, que había participado en una campaña de pacificación en el Sur —se había distinguido especialmente arrebatando un arsenal rebelde después de una marcha de doce días por la jungla—, ha formado una comisión encargada de estudiar el problema del Sur y esta comisión debe presentar su informe en las semanas siguientes. A un periodista que le preguntaba cuáles eran sus planes para resolver este problema, el general El Nemeiry respondió: «Responderé más tarde a esta cuestión, pero puedo, desde ahora mismo, decirles una cosa: el Sur forma parte integrante del Sudán».

El presidente Awadallah ha co-

menzado, por su parte, desde primeros de junio, una serie de entrevistas con los representantes del Sur en el parlamento, hoy día disuelto. Ha prometido que «se llevarían a cabo esfuerzos mantenidos y pacíficos para resolver el problema del Sur» y que las medidas necesarias serían tomadas para «preservar la unidad nacional». «De todas formas —añadió— se trata de un problema estrictamente interior en el Sudán» y «toda intervención extranjera será considerada como una violación de las leyes internacionales».

Como lo ha demostrado la experiencia de muchos golpes de estado en África, lo más difícil no es tomar el poder, sino conservarlo. Así que la oposición al nuevo régimen no ha tardado en manifestarse. Desde el 27 de mayo se organizaron en Omdurman manifestaciones hostiles y se lanzaron octavillas difundidas por la organización de los Hermanos Musulmanes. Se efectuaron arrestos. El 1 de junio, sesenta y cuatro civiles, por lo menos, y trece militares fueron detenidos. Son tribunales militares los que deben juzgar a los antiguos dirigentes del estado, líderes políticos, varios miembros del buró político de la organización de Hermanos Musulmanes y su secretario general, Hassan El Turabi. «Es-

tamos decididos —ha dicho el jefe del gobierno— a aplastar la contrarrevolución, incluso a costa de nuestra vida».

Todos los partidos políticos han sido disueltos, y un partido único, cuyo núcleo será formado por los trabajadores, los agricultores, los intelectuales y los soldados, debe ser creado inmediatamente.

En su lucha por construir un Sudán socialista moderno, el gobierno podrá —se dice en El Cairo— contar con el apoyo de las masas urbanas, fuertemente controladas por los comunistas —que controlan, entre otros, el poderoso sindicato de ferroviarios— y por los socialistas. Los estudiantes, los intelectuales y los miembros de las profesiones liberales apoyan, en su mayoría, el programa de laicismo y de nacionalización de las empresas de interés público. El partido unionista de Ismail El Azhary, decapitado por la detención de sus dirigentes, no podría oponerle —según se dice— una resistencia seria. No teniendo estructura de masa, este partido quedaría desorganizado una vez que su aparato fuera desmantelado.

La población rural, influenciada por dos organizaciones musulmanas rivales, la de los Ansar, dirigida por El Mahdi —que ha sido detenido—, y la de los Khatmia, dirigida por Mohamed Hassan El Mirghani, que es proegipcia. El Mirghani ha proclamado ya que sostenía al nuevo régimen.

No por ello deja de ser cierto que al gobierno le costará mucho trabajo hacer admitir su programa «socialista», por muy sudanés que sea, por ciertos medios musulmanes tradicionalistas altamente marcados por los antiguos partidos y agrupaciones religiosas.

El país más vasto del continente africano se ha decidido, a pesar de todo su peso, tanto sobre la política árabe como sobre la africana. Si se cree en las primeras declaraciones de sus dirigentes, hay que hacerlo en el sentido del progreso.

Pero, al mismo tiempo, e inmediatamente, debe resolver la crisis económica que hace estragos en el país y que no ha contribuido a arreglar el cierre del canal de Suez, en junio de 1967; suavizar urgentemente el conflicto con las provincias del Sur, que sangra al país y obstaculiza todo acercamiento con sus vecinos africanos; desarmar, por último, la oposición interior a su régimen, que no dejaría de sacar provecho de sus fracasos en otros campos para tratar de abrirlos.

Para esto hay tantos importantes en su juego: un tanto negativo está representado por la incuria del gobierno que le ha precedido y el descontento que ha suscitado en el país; otro tanto, positivo, afecta a la competencia de sus nuevos dirigentes, a su realismo nacido de un sólido conocimiento de los problemas que se les plantean.

■ BERTHE SCHWARTZ. Reportaje gráfico: MICHEL CROCE-SPINELLI, GAMMA.